

El manejo cristiano y científico del trabajo ⁽¹⁾

Marlano OSPINA PEREZ

Voces más elocuentes y autorizadas que la mía han puesto ya de presente en esta augusta asamblea, en buena y oportuna hora convocada, los resultados efectivos logrados en Colombia por la Acción Social Católica y palpables en casi todos los ámbitos y sectores del país.

Esos mismos voceros han demostrado la magnitud del problema social, que hoy nadie puede ignorar en Colombia, ya que él está en el ambiente y crece y se intensifica por momentos. Los magníficos y eruditos estudios leídos en este recinto han alinderado magistralmente la cuestión y han perfilado todos sus contornos.

Yo sólo me propongo llamar la atención hacia la necesidad de llevar a cabo una intensa campaña de vulgarización sobre todos los aspectos económicos del problema, para contrarrestar la campaña intensísima que en este sector hacen los adversarios.

El Comunismo y el Socialismo se han esmerado en dar cierto barniz de erudición superficial y llamativa a todos sus propagandistas, y aún a sus prosélitos de menor categoría, hasta el punto de que no hay individuo afiliado a aquellas escuelas que no hable cuotidianamente y en términos de una gran suficiencia, o al menos que no emplee a cada momento los vocablos respectivos, de "régimen capitalista", "producción socializada", "apropiación individual", "concentración de la propiedad", "explotación de los obreros", "jornal incompleto", "expropiación de la plus-valía" y mil asuntos más por el estilo.

Al amparo de esta erudición barata los propagandistas de las doctrinas extremas sugestionan y atraen a muchos individuos, no sólo en-

(1) Conferencia dictada en la II Semana Social de Colombia.

tre las gentes más ignorantes y de menor inteligencia, sino aún entre personas de mediana ilustración y de comprensión no escasa.

Para contrarrestar esta propaganda y para corregir los errores y faltas que aseguran el éxito de ésta, y eliminar o atenuar las causas que la originan, es preciso llevar a cabo una intensa campaña de enseñanza económica y administrativa entre todas las clases sociales y de manera especial entre empresarios y obreros. El objetivo que yo busco hoy es el señalar a grandes rasgos algunos de estos aspectos del problema, exponiéndolos en forma sencilla y clara, aun cuando ello los haga aparecer como demasiado elementales.

Pido excusas por no haber aportado una exposición académica, pero he creído del caso sacrificar la forma y la precisión en aras de la claridad y de la mayor aproximación posible a aquellos empresarios y obreros que carecen de cierta ilustración económica. Estoy convencido de que en la cruzada en que estamos empeñados el éxito radica en poner a un lado cualesquiera consideración de orden personal o literario, para perseguir únicamente realizaciones positivas.

* * *

Lo primero que hay que hacer es localizar el problema en el tiempo y en el espacio, pues para saber hacia donde vamos es indispensable saber de donde venimos, cuál es la dirección del movimiento y cuál la aceleración de su marcha.

En el desarrollo y evolución de las actividades económicas del hombre a través de los siglos y en los distintos países, aparecen entrelazados distintos factores y aspectos de la cuestión, que unas veces marchan paralelamente y otras se mueven a distintas velocidades, de acuerdo con la influencia de acontecimientos políticos, de caracteres raciales, de condiciones geográficas, etc.

Si miramos, por ejemplo, a la técnica de la producción, o mejor dicho a la fuente de donde se deriva el esfuerzo destinado a la modificación o traslación de la materia, encontramos que aparecen sucesivamente, sin que esta sucesión en el momento de aparición implique que desaparezca totalmente el sistema anterior, las siguientes etapas: El trabajo del músculo humano, es decir del hombre, como motor o como vehículo de transporte; el empleo de la fuerza animal; la utilización directa de las fuerzas naturales, como el viento y el agua; el empleo artificial del poder de expansión de los gases, como en los motores de vapor y de explosión, y por último, la utilización y traslación a grandes distancias de estas mismas fuerzas naturales mediante su transformación en energía eléctrica que vuelve luego a ser convertida en poder mecánico.

Si se mira lo relativo a la condición económica y social del trabajador, se encuentra que éste ha pasado por el estado semisalvaje, el trabajo doméstico, la esclavitud, la servidumbre, los oficios y el salariado.

Si se contempla lo referente a la extensión del mercado, nos encontramos, en primer lugar, con la época en que el hombre produce por sí mismo y para los suyos, sin necesidad de un intercambio ni de mercado; con la aparición del intercambio de unas tribus con otras, en una especie de mercado doméstico; con la creación de los mercados urbanos; el desarrollo de los mercados nacionales, y, por último, el comercio internacional.

Al desarrollo de los mercados en la forma en que acabamos de enunciar corresponde la evolución paralela de la unidad industrial, desde el trabajo individual o familiar, hasta la fábrica, pasando por la industria doméstica, el taller del artesano, la manufactura y, por último, la maquinofactura.

Si analizamos lo relativo a los instrumentos de cambio, vemos que aparece sucesivamente el trueque de unas mercancías por otras; el empleo de una mercancía índice que sirve de instrumento de cambio, y que unas veces es la sal, otras el marfil, otras las pieles, el oro en polvo, etc.; la creación de la moneda metálica acuñada, y por último, el instrumento fiduciario, que unas veces es el billete de banco, o el papel moneda, y otras el cheque bancario.

Pero la evolución no anda al mismo paso en estas distintas vías y las etapas de unas y otras se suceden de manera irregular. Para iluminar suficientemente el origen de la actual organización económica mundial, es suficiente la siguiente clasificación sintética de las distintas etapas sucesivas de la evolución industrial, en la cual se prescinde el estado salvaje o semisalvaje, que no tiene valor económico porque le faltan las características del trabajo social.

Primera etapa

La industria de familia o doméstica, que predomina no sólo en las sociedades primitivas sino también en las de la antigüedad, prolongándose hasta el primer período de la edad media. En esta etapa los hombres están divididos en grupos independientes desde el punto de vista económico, en el sentido de que se bastan a sí mismos y que por regla general sólo producen aquello que van a consumir. El intercambio aparece apenas para uno que otro producto. A este tipo pertenece la organización económica de las tribus que habitaban la República de Colombia antes de la conquista española, pues cada una de ellas pro-

ducía prácticamente lo necesario para su consumo, salvo el reducido intercambio de algunos productos, como el de la sal del oriente del país por el oro del occidente.

Entre nosotros todavía existe en muchos casos ese tipo de organización doméstica, por ejemplo el de las familias de colonos que se internan en las montañas y que por mucho tiempo, a veces a través de generaciones enteras, sólo producen aquello que necesitan para su consumo, y uno que otro producto que venden periódicamente en los mercados, como pieles de animales salvajes, etc. para adquirir herramientas y vestidos. En este tipo de organización no existe el llamado problema social.

Segunda etapa

La industria ejercida por el artesano y sus compañeros y aprendices, denominada históricamente la *época de los oficios*. Esta etapa no se desarrolló plenamente sino en la edad media, aún cuando seguramente hubo talleres de artesanos para ciertas artes en las sociedades de la antigüedad. Lo que la caracteriza es que el productor trabaja no ya para sí y para los suyos, sino para el público, para el *cliente*, personaje nuevo que aparece en la escena económica. El trabajador, al menos en las ciudades, es autónomo, es decir, que produce con materias primas y herramientas propias.

En Colombia, especialmente en las poblaciones pequeñas y medianas, existen numerosos talleres de artesanos que trabajan con autonomía y en pequeña escala.

Tercera etapa

Esta etapa la constituye la llamada *industria a domicilio*, que no hay que confundir con la industria doméstica, aún cuando una y otra se efectúan en el hogar. Los artesanos pierden poco a poco su independencia, y en vez de producir directamente, por su cuenta y para sus clientes, producen en adelante por cuenta de un comerciante en grande escala, es decir, de un contratista. Es éste otro nuevo personaje, muy importante, que aparece en la escena económica. Los artesanos trabajan, es cierto, en su propia casa, y aún suelen conservar la propiedad de sus herramientas, pero ya no tienen la propiedad de la materia prima la cual les es suministrada por el contratista o empresario.

Lo más fundamental y lo que marca el cambio trascendental del sistema, es que el producto manufacturado ya no pertenece al artesano, sino al empresario, que es quien se encarga de su venta. La causa de

la aparición de este personaje es la de que, destruido el mercado urbano y sustituido por el mercado nacional, y aún internacional, debido a la apertura de mercados en las colonias de Africa y América, como ocurre en el segundo período de la edad media, los artesanos se han encontrado pobres y débiles para atender y financiar las exigencias de esos mercados, muchos de los cuales están situados a enormes distancias y exigen un período de tiempo muy largo para vender y obtener el reembolso del valor invertido en los productos destinados a ellos.

Cuarta etapa

Este período lo caracteriza la llamada *manufactura*, en que el empresario reúne en un mismo local los obreros que en la etapa anterior trabajaban dispersos en sus propios domicilios. La causa de esta medida es que el empresario encuentra en ella algunas ventajas, tales como la de poder establecer entre los obreros una acertada división del trabajo, que multiplica la potencia productora al mismo tiempo que disminuye los gastos de producción; la de poder dirigir y fiscalizar mejor el trabajo de los obreros, y la de controlar la materia prima que en muchos casos, como en los trabajos de sederías, de metales preciosos, de joyería, etc., es muy valiosa.

Pero en este nuevo sistema el obrero ya no posee ni la materia prima ni los instrumentos, ni trabaja en su domicilio, lo que, agregado a que generalmente recibe por su trabajo una remuneración diaria, lo ha convertido en asalariado.

Quinta etapa

Este período lo constituye la aparición de la *fábrica*, caracterizada por el empleo del motor mecánico. Es la forma típica de la industria moderna y la etapa en que vivimos. Ha comenzado con la aplicación industrial del vapor, es decir, a fines del siglo XVIII, y con el empleo de máquinas para reemplazar gran número de trabajos manuales. En realidad, ni los molinos de agua conocidos desde fines del imperio romano, ni los talleres hidráulicos que comenzaron a funcionar desde el siglo XIII, puede considerarse que constituyeron una época de producción mecánica, es decir, de fábrica.

Este régimen ha llevado a su máximo la potencia de producción, si bien en realidad, por algunos aspectos, se ha limitado a desarrollar muchos de los caracteres del período precedente, tales como: agrupación en un mismo lugar de masas obreras cada día más considerables; sistematización y reglamentación del trabajo de los obreros; concentra-

ción de los capitales, por las exigencias de la empresa misma y por las grandes ganancias de ella, todo lo cual ha hecho que a este sistema lo designen los socialistas con el nombre de régimen capitalista.

* * *

Al mismo tiempo que la evolución económica se desarrollaba en la forma que dejo sintetizada, se producía en el orden político un movimiento paralelo, caracterizado principalmente por la desaparición del predominio de los señores feudales y la constitución de los grandes estados europeos.

La ciencia de la economía política que hasta el fin de la edad media sólo había tenido algunas manifestaciones aisladas e inconexas, empieza a tomar verdadero carácter en el momento mismo en que las necesidades fiscales de los grandes estados obligan a sus hombres dirigentes a pensar en el desarrollo de la riqueza pública, base indispensable de los impuestos.

Aparece primero el mercantilismo, basado en la tesis de que los metales preciosos constituyen la riqueza de las naciones, y el cual desarrolla como sistema práctico el del fomento de las industrias, con un proteccionismo que grava enormemente la introducción de productos manufacturados y facilita en cambio la entrada de materias primas y productos agrícolas.

Como reacción contra el mercantilismo, que protegía la industria pero arruinaba la agricultura, surge la escuela de los fisiócratas, que consideran que el único trabajo productivo es el trabajo de la tierra y que reclaman, por consiguiente, atención preferencial para la agricultura. Es éste uno de los períodos de más intenso antagonismo entre los intereses de la ciudad y los intereses del campo, antagonismo que no debe perderse de vista en ningún momento ya que él ha jugado y seguirá jugando papel importantísimo en el desarrollo económico y político de los pueblos.

Con ideas tomadas en parte de los mercantilistas y en parte de los fisiócratas y con algunos conceptos propios, aparece luego la escuela liberal o manchesteriana, la primera en presentarse con un verdadero cuerpo de doctrina, hasta el punto de que sus fundadores y continuadores se llamaron a sí mismos los "economistas". La aparición del célebre libro de Adán Smith sobre la "Riqueza de las Naciones" marca el primer despliegue de fuerzas y de ideas de la escuela liberal.

Basada en la tesis de la libertad económica, en el libre juego de las leyes de la oferta y la demanda, en la concepción del trabajo como una mercancía cualquiera, en las llamadas armonías económicas, en el desarrollo de la iniciativa individual y de la competencia individual, na-

cional e internacional, y en un concepto materialista de la vida y de la producción, el liberalismo alcanzó en sus primeras épocas un auge extraordinario y se adueñó completamente del panorama económico.

No puede negarse que al amparo de los postulados de la escuela liberal tomaron grande impulso la industria y otras ramas de la producción, y se llevaron a cabo grandes inventos y aplicaciones de orden técnico encaminadas a incrementar y a abaratar la producción de las empresas. Pero bien pronto se vió que la ilusión de una felicidad general basada en la libertad económica se desvanecía por momentos, y que al lado de las grandes fábricas y de las enormes concentraciones de riquezas se hacinaban multitud de trabajadores en condiciones miserables y grandes núcleos humanos sin elementos para ganarse ni la más humilde subsistencia.

Se hizo entonces patente la reacción contra las tesis liberales y después de la aparición de varios escritores que formularon serios reparos a las teorías y a las prácticas de la escuela manchesteriana, aparece el marxismo.

El principal éxito de esta escuela consistió en haber planteado el problema sobre un terreno político, basándose en la lucha de clases y en la organización agresiva de los núcleos obreros, pues su valor científico es muy discutible, tanto porque algunas de las ideas básicas de Marx no son originales sino tomadas de anteriores expositores, como porque sus concepciones más protuberantes carecen en absoluto de valor científico y están hoy tan desacreditadas que ni aún los mismos marxistas, especialmente aquellos dotados de algún conocimiento económico, creen en ellas.

Por razones de táctica, por los odios recónditos del judaísmo contra todo sentimiento cristiano, y por el deseo de halagar las más bajas pasiones humanas, el marxismo adoptó como uno de sus postulados el de la lucha contra todo sentimiento religioso y en especial contra la Iglesia Católica.

“La religión es el opio de los pueblos”, “la moral es una invención burguesa”, “el catolicismo es un aliado del capitalismo”, etc., son otras tantas frases marxistas de combate.

Pero cuando quiera que la impropriamente denominada “ciencia atea” ha pretendido encontrar en sus investigaciones hechos o argumentos que en su concepto desvirtúan o contradicen las tradiciones cristianas o las enseñanzas católicas, ha resultado precisamente que esos hechos o investigaciones han venido a confirmar en forma definitiva las narraciones bíblicas o los postulados de la Iglesia Romana.

Así sucedió, por ejemplo, cuando los descubrimientos geológicos del siglo pasado y las teorías evolucionistas de Carlos Darwin hicieron

creer a la ciencia materialista que la historia bíblica de la creación, narrada con majestuosa sencillez en el más grande de los monumentos históricos de la humanidad, iba a ser reducida a una simple fantasía. Sin embargo, al avanzar en el estudio geológico, y en la historia de los seres vivientes, consignada en las páginas de la corteza terrestre, se ha venido a encontrar que la ocurrencia de los grandes fenómenos geológicos de nuestro planeta y la aparición sucesiva en él de los seres vivientes coinciden exactamente con los hechos narrados en la Biblia.

“El primer día hizo Dios la luz”, dice la Biblia, y los sabios después de profundas e intensas investigaciones han llegado a aceptar que lo primero que existió en el Cosmos fue la gran nebulosa de Laplace compuesta precisamente de átomos y moléculas en estado incandescente.

“El segundo día creó Dios el firmamento” dice el Génesis, y precisamente la ciencia ha confirmado que después de la gran nebulosa se formaron los diferentes astros y constelaciones que pueblan los espacios inconmensurables.

En el tercer día dijo Dios : “Reúnanse en un lugar las aguas que están debajo del Cielo y aparezca la tierra enjuta” y justamente la Geología histórica ha confirmado el hecho de que en las épocas primitivas todos los territorios que forman los continentes estuvieron bajo las aguas del mar.

En la misma forma se ha venido a confirmar, de manera definitiva, por numerosas y sabias investigaciones geológicas hechas en todos los territorios del globo terrestre, por hombres afiliados a las distintas creencias y muchos de ellos ateos, que los seres vivientes aparecieron en la tierra en el mismo orden que señala la sencilla narración bíblica: Primero las plantas y los animales inferiores, especialmente los peces, luego los animales y las especies superiores, y por último el hombre.

De suerte que todo el andamiaje que creyeron haber levantado ciertos espíritus ateos en contra de la narración bíblica, la cual quisieron hacer aparecer como leyenda infantil digna de la fantasía de las “Mil y una noches”, ha venido a convertirse en el más firme pedestal del más grande de los libros que haya conocido la humanidad.

Un nuevo ataque, lleno también de ilusiones y de optimismo por parte de quienes quisieron destruir la obra inmortal del Pentateuco, surgió cuando se descubrieron nuevos continentes poblados por hombres cuya existencia ni siquiera se presentía, y cuando el estudio superficial y primitivo de las lenguas y costumbres de los distintos pueblos de la tierra, hizo creer que allí se encontraba la demostración de que la unidad de la raza humana, sentada también como tesis en la historia bíblica de la creación, era absolutamente falsa.

Sin embargo, en el curso de pocos lustros, los adelantos de la

etnografía y de la semántica vinieron a demostrar en forma concluyente la unidad del linaje humano.

Voy a demostrar ahora como también en el caso del problema social, los avances de la ciencia experimental en el terreno de la economía y de la sociología han venido a confirmar la verdad y la bondad de las enseñanzas católicas.

En primer término, hay que deslindar la posición de la escuela católica de la de la escuela liberal.

Los estudios e iniciativas de los ilustres preladados y de los prohombres católicos que primero se ocuparon de estas cuestiones, y la síntesis doctrinaria hecha en las admirables encíclicas de León XIII y de Pío XI, sentaron de manera precisa las bases económicas y sociales del programa católico.

La economía liberal cometió errores fundamentales tan graves como la orientación materialista de la ciencia económica; el concepto equivocado del salario, equiparando éste a una mercancía cualquiera y fijándolo por la ley inconsciente y ciega de la oferta y la demanda; la concepción del *homo economicus*, monigote absurdo e imaginario; el tratamiento en masa de la despectivamente llamada mano de obra; la confusión del consumo teórico con la demanda efectiva; la división imaginaria entre el trabajo material y trabajo intelectual; el concepto de malestar y de pena como parte integrante de todo trabajo, etc., etc.

En contraposición a estas tesis, las enseñanzas católicas definen lo que debe ser el salario justo y legítimo, fijado con un criterio cristiano y social; dan a la ciencia económica su verdadera orientación y le señalan el derrotero humanitario, alejándola del grosero materialismo; imprimen a la propiedad privada su verdadero y legítimo carácter, quitándole el valor absoluto que tiene en la escuela liberal, despojándola del célebre *jus abutendi*, y señalándole las funciones sociales que le corresponden, pero sin convertirla en sí misma en una función social, lo que haría de todo propietario un empleado público y de toda propiedad una riqueza colectiva; se alejan igualmente de los conceptos del *estado-gendarme* y del *estado-providencia*, para crear y poner en acción el *estado - gobierno*; sustituyen el concepto de *homo - economicus* y del tratamiento en masa por el del valor integral del trabajador y su tratamiento individual; plantean la solución del problema social, no sobre la base de la lucha de clases sino sobre la cooperación amistosa y cristiana de obreros, empleados y patronos; trasforman las fábricas, de prisiones capitalistas en verdaderos templos del trabajo y en una palabra mantienen incólumes los postulados básicos de la civilización cristiana: Patria, Religión y Familia.

Para demostrar que no sólo desde un punto de vista cristiano,

espiritualista y humanitario, la verdadera orientación y la única solución posible del problema están en las encíclicas, sino que también desde un punto de vista rigurosamente económico, administrativo e industrial, la solución está también en las orientaciones del catolicismo, basta con hacer una comparación, aun cuando sólo sea a grandes rasgos, de los actuales postulados de la moderna ciencia de la economía industrial, con los de la escuela católica.

La escuela del manejo científico del trabajo, considerada como la última palabra de la economía industrial, plantea el desideratum de su programa en los siguientes términos: "Ciencia en lugar de empirismo; armonía en lugar de discordia; rendimiento máximo, en lugar de producción reducida; salario progresivo y suficiente, en lugar de jornal uniforme; selección del personal y formación de cada trabajador, en lugar del tratamiento en masa".

La filosofía y sistemas de la escuela del manejo científico, pueden condensarse en los siguientes postulados:

1º.— Desarrollar una ciencia para cada elemento del trabajo, que reemplace los antiguos métodos rutinarios.

2º.— Seleccionar científicamente el personal para cada género de trabajo, de acuerdo con sus capacidades y aspiraciones, y luego entrenarlo, adiestrarlo y desarrollar lo más posible sus facultades.

3º.— Cooperar cordialmente con los trabajadores a fin de asegurar que toda tarea que ejecuten esté de acuerdo con los principios de la ciencia que ha sido desarrollada al respecto.

4º.— Dividir por partes casi iguales el trabajo y la responsabilidad entre los obreros y la dirección. Esta última toma para sí todo aquello para lo cual está mejor capacitada que los obreros.

5º.— Adoptar un sistema de salario que permita ir aumentando la remuneración del trabajador a medida que se acrecienta su productividad y que mejoran sus condiciones de atención, consagración y experiencia, logrando de esta manera que el alza de los salarios no se haga a expensas de la elevación del costo y precio de los artículos.

6º.— Atender en la forma más amplia y adecuada posible a las necesidades y aspiraciones morales, físicas e intelectuales de los trabajadores, a fin de mantener el mejor espíritu en éstos.

La escuela del manejo científico permite, como acaba de verse, la elevación del jornal del trabajador sin subir el costo del producto, eliminando así el espejismo de las alzas de jornales logradas por los sistemas socialistas, en las cuales a medida que suben los salarios, sube también el costo de la vida, lo que en el fondo equivale a dejar al trabajador en la misma situación anterior.

Otro de los errores de la escuela liberal ha sido el creer que el

costo de producción barato se basa en jornales bajos, y que jornales altos quieren decir alto costo de producción. En el manejo científico se desbarata definitivamente esta tesis liberal, que es una de las que más han perjudicado y obstaculizado el mejoramiento de las masas obreras.

Uno de los problemas más graves que confronta la humanidad en los actuales momentos, y sin duda el más trascendental de los problemas económicos y sociales, es el de las crisis periódicas de la industria que tienden a hacerse cada vez más intensas.

Estudiado el asunto en sus distintos aspectos, y con un criterio absolutamente imparcial, es evidente que las llamadas crisis de *superproducción* son más que todo crisis de *subconsumo*, pues al mismo tiempo que se abarrotan las fábricas con los productos que no pueden vender, millones de personas en el mundo entero carecen de esos mismos productos.

El gran error de cálculo de la escuela liberal consistió en considerar que el "consumo" era una cosa abstracta, y que por lo tanto no había que temer respecto de que artículos encaminados a satisfacer una necesidad no fueran consumidos. Pero el hecho es que lo que viene a obrar en la práctica no es la capacidad teórica de consumo que evidentemente es ilimitada, sino la capacidad práctica de *demanda*, es decir, el deseo de consumir acompañado de la posibilidad de comprar, el cual, en el estado actual de las cosas, tiene una limitación evidente.

La escuela del manejo científico tiende justamente a resolver el problema, permitiendo armonizar el aumento de la demanda, mediante el incremento general de los salarios, con el mantenimiento de los precios, que, como ya vimos, es esencial en el asunto.

Henry Ford, uno de los grandes aplicadores del manejo científico, habla del salario en estos términos, que parecen inspirados en las palabras de los pontífices romanos: "El salario tiene algo de sagrado: él representa la eternidad del hogar y la suerte de numerosas familias. Sobre el libro de pagos, el salario no es sino una cifra; pero en la vida es la bandeja de pan, el cofre de carbón que abriga, la cuna del recién nacido, su instrucción, la grata atmósfera de la casa. De otra parte, hay también algo de sagrado en el capital cuando él se aplica a fecundar la eficacia productora del trabajo. El taller que emplea millares de brazos es tan respetable como el hogar, ya que él sostiene como armadura todas las delicadas nociones que dan sentido a aquella palabra".

Es preciso tener en cuenta que en la práctica existen tres clases de empresarios, cuya posición en frente de los problemas del trabajo es muy distinta, y cuya influencia social tiene, por lo tanto, repercusiones desastrosas en unos casos y benéficas en otros.

La primera de estas clases de empresarios es la que adopta una

actitud beligerante, represiva y dominante respecto de sus empleados y obreros. En este caso la eficiencia obtenida se reduce al *mínimum*, el malestar social llega al *máximum* y los problemas de distinto orden se multiplican.

La segunda es aquella que avalúa todo lo relativo a su personal y al trabajo de éste en términos estrictamente de dinero. Puede tener un criterio más amplio y menos beligerante que la anterior y dar con frecuencia resultados menos desfavorables que ésta, pero el personal todo de la empresa acaba por adoptar precisamente los puntos de vista y el criterio de la dirección, lo que hace que la eficiencia lograda sea bastante relativa y que los problemas de cierta índole, lejos de simplificarse, en muchos casos tiendan más bien a complicarse.

La tercera clase de empresas y de empresarios, es aquella que sin descuidar lo concerniente al producto financiero, como medida de su utilidad y como seguridad de su futuro desarrollo, presta atención especial al perfeccionamiento de su organización como instrumento de producción y de servicio público, y al mejoramiento moral, intelectual y material de sus empleados y trabajadores. Estos empresarios tienen una idea definida de los elementos que constituyen el verdadero bienestar humano y de aquellas cualidades y aspiraciones de los individuos que son naturales, fundamentales, socialmente útiles y dignas de un mayor estímulo y desarrollo.

La necesidad de la integridad y de la salud corporales; el amor a la familia; el impulso creador; el deseo de poseer; las aspiraciones espirituales; el instinto de asociación; el anhelo inherente de justicia, de estabilidad y de seguridad; los efectos del buen trato personal, etc. etc., son todos ellos factores que deben ser tenidos en cuenta en todo momento por el verdadero empresario católico, en el manejo y remuneración de sus trabajadores.

Demostrado por la ciencia de la economía industrial que el producto fabril no es debido exclusivamente al trabajo del obrero, ya que él es el resultado de una producción social en la que entran funciones técnicas, financieras, comerciales, de seguridad, de contabilidad y de administración, ejecutadas todas ellas por individuos que tienen también derecho a una participación en el valor de los productos de la empresa, y practicada con justicia la fijación del salario, desaparece por completo en forma definitiva e inapelable la famosa tesis marxista de la *plusvalía* del trabajo obrero y, por consiguiente, la de su apropiación injusta por parte de los empresarios.

Demostrado por la experiencia de todos los países del mundo que la célebre profecía marxista de la creciente concentración en unas pocas manos, de la propiedad y de la riqueza, no se ha cumplido en el

campo de la agricultura, en donde con pocas y determinadas excepciones, la democratización de la propiedad avanza en forma automática y continua, es precisamente el elemento campesino el que debe servir de cimiento y de estructura a la nueva sociedad cristiana. Y, ocurre providencialmente que ese mismo elemento campesino, apegado con afecto creciente a su pedazo de tierra, es el que más fuertemente cree en Dios porque está en contacto inmediato con sus grandes maravillas; más entrañablemente defiende la constitución de la familia, porque sin la organización familiar el cultivo agrícola sería imposible, y más hondamente ama la Patria, que para él significa todo lo bueno y hermoso que le rodea.

Sin tiempo para seguir desarrollando en todos sus otros múltiples e interesantes aspectos, la tesis fundamental que me propuse en esta conferencia, sintetizo en los siguientes términos las conclusiones de mi exposición:

1^a.— El liberalismo económico cumplió ya su misión histórica y es impotente para resolver los actuales problemas sociales del trabajo;

2^a.— La táctica de la plutocracia y de la burguesía liberales de ceder y transigir en forma más o menos sincera con el comunismo y con las corrientes socialistas extremas, con la ilusión de encauzarlas y dominarlas, es contraproducente y suicida, como lo demuestra claramente la experiencia de todos los países;

3^a.— Al comunismo sólo puede oponérsele eficazmente el catolicismo social;

4^a.— Los postulados económicos del catolicismo social, formulados en las encíclicas, han sido confirmados plenamente por la escuela más moderna y mejor orientada de la Economía Industrial y de la Ciencia de la Administración, aún cuando sin la magnitud espiritualista y cristiana de aquéllos;

5^a.— La escuela social católica puede y debe afrontar la discusión de todos los problemas relacionados con la organización económica del trabajo, mediante una intensa campaña de divulgación en las universidades, colegios, escuelas, impresos, y entre los empresarios, los obreros y los campesinos;

6^a.— En Colombia los campos han empezado a definirse de manera precisa y todos los católicos deben ocupar con entusiasmo y decisión el puesto que les corresponde. Sólo los indecisos, los incapaces, los egoístas y los cobardes dejarán de contestar a este primer toque de concentración, y Dios quiera que cuando se decidan a hacerlo no sea ya demasiado tarde.

7^a.— La solución del magno problema social del siglo XX sólo puede encontrarse en la aplicación sincera y leal de las normas de la escuela social católica y en el manejo científico y cristiano del trabajo.